

***Proyecto piel* de Julio César Londoño**

Aleyda Roldán

Exaltar el cuerpo, convertirlo en material temático de una novela, no ha sido el propósito de muchos escritores. Hace unos años nos sentimos capturados por una obra tan extraña y bella, *El Perfume* de Suskine, basada en el poder del olfato, donde el protagonista, abandonado al nacer por su madre en un basurero, crea después de años de tenebrosas experiencias, una fragancia que inspira en los hombres la locura del amor, vedada para él. Thomas Mann en *La Montaña Mágica* también sigue a través de la fascinación de Hans Castorp en el encuentro con el amor, su inesperada inquietud científica por el cuerpo, como función y proceso, como lo expresa en su delirante declaración de amor.

Julio Cesar Londoño nos introduce en su novela en una aventura similar al pretender crear en esta época – volcada en la exaltación del cuerpo – la creación de un museo, donde se conjugan todos los sentidos, desde una dimensión diferente: la percepción.

Lo admirable de *Proyecto Piel* es el arte de conjugar el proceso de la creación del museo, las exposiciones de Manuel, su creador, los relatos insertados que acentúan el prodigio de la percepción de cada sentido, el embrollo del triángulo amoroso de Lina con Manuel su esposo, Oscar el arquitecto amigo de la pareja y G, el empresario del museo; los apuntes de la infancia de Oscar, delicadamente narrados en la turbación del sentimiento infantil o en la confrontación de sí mismo en el recuerdo; escenas cargadas de humor, como el niño debajo de la mesa viendo solo piernas femeninas y escuchando las charlas de las costureras en su argot dicharachero, dirigidas por su madre. Todo esto escrito en el encanto de un lenguaje riguroso, juguetón y cálido muchas veces poético, depurado de toda retórica, donde el humor se hace cada vez más sutil, a través de la ironía, manera de señalar que nada, ni siquiera la ciencia, está anclada en una firmeza definitiva.

Hay algo más que seduce en la novela: el juego erótico. Desde la mirada de Oscar, percibimos a Lina tan inasible, “como hecha de fibras

Aleyda Roldán

de viento”, y en el cuento de Cátulo - introducido en el relato para acentuar la sutileza del tacto- a través de la sensualidad de la seda, ésta se convierte en arma de seducción para Lina, quien dice no soportar el roce de la seda porque no le permite sentirse desnuda como a ella le gusta. Su inteligencia también nos subyuga al intervenir con su aguda percepción, casi intuitiva, en los serios discursos de Oscar. Y Manuel, rígido e intelectual capaz de llorar cuando se remueven los resortes de su alma, con los problemas de Francisco, su hijo autista, la esquivada presencia de Lina o su dilema ante los riesgos de la amistad con Oscar, a quien también ama.

La presencia silenciosa de Francisco, el niño autista, su aguda sensibilidad, el misterio de su lejana relación con el mundo, con Lina y Manuel –sus padres-. Es también un logro de percepción en la novela. Sin embargo, el niño establece una silenciosa relación con Oscar que se inicia a través del gesto, del juego en el cristal, en el que el niño responde repitiendo inversamente los movimientos de Oscar como frente a un espejo. En cambio, evita el contacto con su madre, ansiosa de una sonrisa, de un apretón de manos, de un gesto de acercamiento. La comunicación del niño y Oscar se hace evidente en un momento de suspenso, cuando Oscar se mide a un torneo de ajedrez con la intención de recuperar el valor tomado de su empresa, en un momento de angustia por salvar la vida de Manuel. El niño, espectador del juego, cuando todo está perdido, con tres saltos en “L”, -movimiento del caballo en el ajedrez-, le da la clave a Oscar para mover la ficha precisa que le da el triunfo.

Sería interesante seguir cada paso de la novela, para dejarnos seducir, no tanto en sus lucubraciones científicas, como en sus momentos poéticos, en los que casi siempre está Lina subyugándonos desde la mirada de Oscar con su coquetería. Manuel al referirse a la capacidad de Homero, para aprehender imágenes de la vida en el mar: “las sombras de las lanzas en la arena” o los “agujeros de las galerías pulidos por el roce del remo” o al hablar del “vinoso ponto”, nos lleva a deducir que los griegos prefirieron atribuir a Homero la ceguera para recalcar que la poesía, es ante todo música, don indispensable de un aedo. De nuevo Lina interviene en esta charla al acentuar la importancia del sonido en el chocar de las

copas para hacerlo participe de la fiesta junto a los demás sentidos ya exaltados por el color, el aroma y por la percepción del sabor del vino.

Después de un bello y apasionado recorrido por el mundo sensitivo casi centrado en el cuerpo de Lina, el narrador nos presenta un corto diálogo, entre él y Lina, sobre el temor a la muerte. Oscar recurre al punto de vista de Kundera, donde define la muerte como un proceso de negación del yo, y llega a concluir que el temor a la muerte es el miedo a la pérdida del pasado o sea a la pérdida paulatina del ser. La conversación se extiende en cuestionamientos filosóficos, donde Oscar retoma como siempre relatos didácticos en los que analiza la manera de vencer el miedo, para luego llegar a la claridad. Después de esta charla, que ha gravitado alrededor del miedo, Lina se atreve a revelar su mayor temor, algo que para ella va más allá de la muerte: el desamor. La reacción de Oscar es cínica, pues para él el hecho de que se le estuviera acabando el amor por Manuel no era ninguna catástrofe; sabe que el amor no se acaba, sino que se muda.

Lina sigue siendo el elemento perturbador de este mundo de planos y proyectos cada vez más ambiciosos. Al introducir en el relato fragmentos del diario de Lina, el narrador nos hace ver unos aspectos desconocidos de ella, la importancia de G... en su vida. De Oscar y Manuel, Lina afirma, como ya lo habíamos captado, que Manuel es el doble intelectual de Oscar; así lo percibimos en el goce de sus largas charlas sobre el museo, al penetrar virtualmente en cada pabellón, engolosinados en sus relaciones científicas o especulativas. Cada uno ve en el otro el rostro de sí mismo que lo afirma en lugar de destruirlo; lejos de significar una división patológica de la personalidad, como en Stevenson, más bien apunta a una participación en algo fascinante para los dos que les enriquece. Ambos aman a Lina con la misma ternura y el mismo deseo; anhelan no solo poseerla sino hacerla feliz.

Lina encuentra en la relación que existe entre Manuel y su hijo autista y la creación del museo un punto clave de contacto, pues para ambos, todo el interés se vuelca en la percepción. A su vez se conmueve cuando habla de su hijo, capaz de ver belleza en la chatarra, siempre obsesionado por lo cinético, “por el movimiento de sus manos o el vuelo de las naves espaciales”. Para él es lo mismo. Lina sigue enigmática hasta el final,

Aleyda Roldán

cautivadora en el manejo de los hombres, reconoce sus puntos positivos, así como enfoca su manera de escabullir su machismo y al referirse a G... lo involucra con todos los hombres.

De Lina no solo nos sorprende su belleza, su volubilidad, sino su forma de expresar su incapacidad de amar. Es un personaje tan bien logrado que logra penetrar en el lector con fuerza vivencial. Es una personalidad avasallante, sensual, capaz de percibir con elegancia los matices de una relación desde la ternura, hasta los instantes plenos de erotismo.

Quiero hacer énfasis en la importancia del juego en la novela, a través de lo erótico, del ajedrez y finalmente el menos afortunado, el juego de la pulsera escrito con la lucidez de una gran escritor: aún siguen reluciendo los fragmentos de diamante, tirados en la calle, quizás como un símbolo de luz en la opacidad de la fiesta.

Al volver al mundo de Manuel, sus conocimientos y revelaciones nos apabullan, y el museo se nos hace cada vez un sortilegio inalcanzable, a medida que entran factores extraños que despiertan en Oscar dudas sobre si el proyecto del museo está tomando una forma retorcida, donde se utilizan medios para oscurecer la capacidad crítica para terminar rindiéndose ante poderes políticos y económicos. Manuel lo percibe también y él desea que su gran proyecto sea indestructible y resuelve continuar las investigaciones a un nivel solo retórico.

En la carta de Manuel a Oscar se respira su amor por Lina y le dice al amigo que no lo culpa, pues nadie se resiste ante su belleza y afirma que se trata de una criatura que nadie puede poseer. Es necesario acentuar el orden riguroso y simétrico de la construcción de esta novela, las posibilidades abiertas surgidas en su fin, deliberadamente indeterminadas.